

te dicho, con su secuela crítica y, más aún, sarcástica, que podría representar antológicamente el «Equipo crónica», y de otra el realismo con reminiscencias surrealistas, como en el caso de Arranz Bravo y Bartolozzi, amén del que, como el de Pepe Hernández, participa tanto de un horizonte onírico como de una crítica bastante despiadada.

En el otro campo, en el de lo que ahora se llama «arte conceptual», es posible encontrarse actitudes como las de Eusebio Sempere, en las que, a pesar de su visualismo abierto, siempre es posible deducir una secuela de la analítica del espacio, actitud en la que evidentemente se encuentra también Salvador Soria hasta la de Salvador Victoria, cuya problemática es siempre pictoricista y, por tanto, visual. ■ **JOSE MARIA MORENO GALVAN.**

rara vez consigue subir a un escenario y romper la cárcel de la copia mecanográfica.

La pregunta concreta es la siguiente: ¿han justificado los Lauro Olmo, Rodríguez Buded, Rodríguez Méndez, Carlos Muñiz, Martín Recuerda, etcétera, etcétera, cuanto escribimos algunos acerca del valor de su teatro? ¿Justifican los Martínez Mediero, Matilla, López Mozo, Alfonso Jiménez, García Pintado, etcétera, etcétera, lo que algunos estamos escribiendo en favor de sus obras? ¿Puede realmente sostenerse que los jóvenes autores catalanes son tan buenos como se ha dicho? ¿No se tratará de una lista de dramaturgos sólo llenos de virtudes éticas, en posesión de un coraje ejemplar para escribir lo que piensan sin concesiones equívocas? Se imagina uno siempre al señor de la butaca gritando: «¿Dónde están esos genios? ¿Cómo es posible que les entusiasmen estas obras de protesta? ¡Que se vean de una vez sus grandes obras! ¿O es que la censura tiene siempre la culpa de todo?».

Se le ocurre a quien oye las voces de ese prepotente señor, que si no geniales —palabra complicada—, sí hay en los cajones de los autores «marginales» algunas obras decididamente interesantes que no pueden estrenarse. En todo caso, las mejores obras del grupo, como puede ser el caso de «Las bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de Rodríguez Méndez; «Las planchadoras», de Martínez Mediero; «Los que tocamos el violón», de Luis Matilla, o «Las arrecogidas de Santa María Egipcíaca», de Martín Recuerda. Y, sobre todo, la perogrullada de que el teatro no es una manifestación que viva y crezca al margen de las circunstancias concretas, de todo orden, que condicionan su existencia y sus características. Ni Lauro Olmo podría existir en los Estados Unidos, ni aquí podríamos tener a Tennessee Williams. Por la misma razón que el mejor actor español no puede hacer a Shakespeare como los maestros ingleses.

¿Mejores? ¿Peores? ¿Y qué sentido puede tener esa valoración de nuestros autores más combativos en función de baremos socioculturales que nos son ajenos?

Estamos aquí, en España, con un teatro que se ahoga.

Y son los trabajos y los esfuerzos de quienes se ahogan los que debemos analizar, sin imaginarnos instalados en realidades culturales cuyo aroma nos llega a través de los libros y de los viajes. Ya sabemos que bla, bla, bla, pero intentar hacer las cosas aquí, hasta donde se sepa, se pueda y la continuidad permita, no es como para llevar los resultados al gran Jurado europeo. Lo que no excluye, claro está, para no caer en el moralismo facilón, que no se intente, desde nuestra circunstancia, abrir la percepción a todos los valores estéticos que se nos propongan. ■ **JOSE MONLEÓN.**

Nuestro compañero José Monleón se encuentra asistiendo a diversos festivales internacionales de Teatro, Berlín y Belgrado entre ellos, de cuyo desarrollo informará a nuestros lectores. Durante su viaje y con el fin de atender a la actualidad escénica madrileña, iremos ofreciendo reseñas de los estrenos que se produzcan en este comienzo de temporada, nada halagüeño —por cierto— para los aficionados.

¿De qué libertad se nos está hablando?

Tras el éxito comercial de «Olvida los tambores», Ana Diosdado ha fijado su atención en el sector humano opuesto al que se centraba en su primera obra, es decir, en la vejez. «El okapi» desarrolla su anécdota en un asilo de pago para ancianos, al que va a parar un vagabundo cuyo sentido de la libertad contrasta con la pasiva renuncia a ella, mantenida por los allí residentes.

TEATRO

¿Dónde están los genios?

El crítico teatral de «Destino», Santiago Sans, acaba de publicar un comentario de gran interés polémico sobre el nuevo teatro catalán. La tesis general del trabajo —significativamente ilustrado con una fotografía del espectáculo de Jordi Teixidor, «L'auca del señor Llovet»— vendría a ser una llamada de atención para evitar que suceda con el teatro catalán lo que, según él explica, ya sucedió hace años con el teatro castellano, cuando, por oponerse al conformismo del teatro dominante, una serie de obras artísticamente mediocres fueron enalzadas por encima de sus méritos reales. El tema es interesantísimo y podría proyectarse también sobre esa docena de autores en lengua castellana que andan ahora a vueltas con un teatro tan «subterráneo» que

